

diputados, propietarios rurales, se lo rechazaron para los inmuebles y lo autorizaron sólo para los muebles. Por todas estas dificultades, Pitt deseaba la paz.

Fortalecíanle en esta disposición los asuntos de Irlanda. Los pobres celtas de la isla Verde sufrían desde el siglo duodécimo el yugo del sajón. A la hostilidad entre las dos razas sucedió, en el siglo décimo-sexto, el odio fanático entre anglicanos y católicos. Cuando la gran sublevación de éstos, en mil seiscientos ochenta y nueve, los ingleses se posesionaron de las tres cuartas partes de la isla, y desde entonces, los descendientes de los antiguos poseedores, excluidos del Parlamento, del ejército, de la administración, del derecho de abrir escuelas y sin dotación para su Iglesia, arrastraron una vida miserable, en calidad de pobres colonos, de braceros y de criados. A su vez, la colonia inglesa de Irlanda sufría la tiranía de la madre patria, en beneficio de cuya industria se establecieron todas las tarifas aduaneras, y le daban leyes el Parlamento de Londres al par que la Cámara de Dublín. Al otorgar los whigs á Irlanda la igualdad de derechos en mil setecientos ochenta y dos, surgió la cuestión de qué debería hacer el ministerio cuando los dos Parlamentos no votasen acordes. El caso se dió en mil setecientos ochenta y ocho, en que, con motivo de la enfermedad del rey, hubo que regular los derechos de la regencia. El rey se restableció; pero se tocó lo absurdo de semejante sistema. Ya tres años antes había dicho Pitt en la Cámara baja: «Entre la Gran Bretaña é Irlanda no caben más que dos sistemas: consiste el uno en someter completamente el país menor al mayor, de suerte que todo el trabajo del primero no aproveche más que al segundo, que es lo que se ha hecho hasta aquí; el segundo, en establecer la igualdad de reparto y la comunidad de ventajas, sistema de igualdad y de equidad, que sólo busca el interés general del reino, sin oprimir á ninguna de las partes». Pero los deseos de Pitt tropezaron con graves obstáculos. Por una parte, la clase dominante de Irlanda era hostil á toda reforma liberal; por otra, ninguna mejora podía satisfacer á la masa del pueblo. En una y otra Cámara, la mayoría se opuso á votar ventaja alguna á favor de los católicos, aduciendo que cada concesión provocaría nuevas exigencias. La Revolución francesa hizo madurar estos proyectos de reformas y, al mismo tiempo, los comprometió. Los protestantes disidentes formaron clubs republicanos; los campesinos indígenas se vengaron de los señores sajones asesinandolos, y los liberales se reunieron pidiendo á gritos la emancipación de los católicos. Para calmar esta agitación, los ministros se inclinaban á otorgar las reformas; pero los poseedores del poder en Irlanda la invocaban como argumento de lo peligrosa que sería toda innovación, y en esta discusión se pasaron años sin decidirse nada. Fué Burke, el feroz enemigo de la Revolución francesa, el que tuvo la gloria de poner fin á esta situación, convenciendo á los ministros de la necesidad de llevar á cabo con toda amplitud la reforma de Irlanda, para preservarla de la anarquía y de la guerra civil. Por iniciativa del ministerio, el Parlamento de Dublín derogó, en Marzo del noventa y dos, las severas disposiciones contra las

escuelas católicas y los matrimonios mixtos, y un año más tarde, abrió á los católicos el acceso á casi todos los empleos de la marina, del ejército y de los servicios públicos y les confirió el derecho de sufragio activo. Quedaban excluidos aun del gobierno, de los parlamentos y de la administración. Cuando en el mes de Julio del ochenta y cuatro entraron en el ministerio el duque de Portland y sus amigos, fieles á las ideas de su maestro, imprimieron vigoroso impulso á la reforma de Irlanda. Enviaron de lugarteniente á la isla á su amigo el joven conde de Fitzwilliam, que, tan rico de buenos propósitos como de prudencia escaso, fracasó en la empresa por querer favorecerla demasiado. Su retirada fué un desencanto para los que habían acariciado la esperanza de reformas legales, los cuales se lanzaron á la revolución violenta. El año de mil setecientos noventa y uno, habiase fundado en Dublín, con el título de Irlandeses-unidos, una sociedad, con el fin de unir y asociar á los católicos y disidentes, enemigos hasta entonces, obtener la reforma del Parlamento y la emancipación de los católicos. «Queremos, decían en el manifiesto redactado por Wolf Tone, hacer de todos los ciudadanos, irlandeses, y de todo, los irlandeses, ciudadanos». Desde la separación de Fitzwilliam, cobró nueva vida esta sociedad, en la que ingresaron personas de la extrema izquierda del Parlamento de Dublín, movidas á lástima por los oprimidos y deseosas de implantar las ideas republicanas proclamadas en París. Distinguíase, entre todos, Eduardo Fitzgerald, vástago de una de las principales familias de la isla, joven, inteligente, afable y valeroso, brillante oficial en el ejército, y luego apasionado campeón de la reforma en la Cámara baja de Dublín. Con la agitación política, creció el desorden en los campos. Bandos armados recorrían los condados, se oponían al pago de los arrendamientos, de los impuestos y del diezmo, saqueaban las fincas y asesinaban á los policías. Impotente el gobierno para restablecer la seguridad de las personas y de los bienes, los anglicanos fundaron á su vez, para defenderse, la sociedad de los Orangistas, en recuerdo del gran príncipe de Orange, Guillermo III, y desde el mes de Septiembre del noventa y cinco, sus bandos, llamados *Hijos del crepúsculo*, trabaron sangrientos combates con las partidas de los defensores católicos, que fueron vencidas y exterminadas. Entonces los Irlandeses-unidos se reorganizaron militarmente. Doce individuos formaron un pelotón, mandado por un oficial; cinco pelotones, una compañía, bajo un capitán; diez compañías, un batallón, á las órdenes de un coronel. En Dublín, un Directorio general, y en cada una de las cuatro provincias, un comité director. Nombraban á los oficiales los individuos de cada pelotón; á los capitanes los oficiales de la compañía; á los coroneles, los capitanes del batallón. Estas elecciones se efectuaban por medio de billetes cerrados, que se enviaban al Comité de la provincia y abría el Secretario de éste, único que conocía los nombres de los elegidos. Las órdenes se comunicaban por cartas anónimas. El primer deber de cada asociado era proporcionarse un fusil y municiones, ó cuando menos, una pica. El número de conjurados ascendía, en

el verano del noventa y seis, á más de cien mil; adoptaron por distintivo el color verde de la isla, en oposición al anaranjado de los anglicanos. Su odio á los ingleses llegó al extremo de enviar al Continente, el mes de Mayo del noventa y seis, á Fitzgerald y Arturo O'Connor, á entablar secretas negociaciones con el gobierno francés, al objeto de que les tendiese su mano protectora. Precisamente, la bajada á Inglaterra era el sueño dorado de Hoche. Harto de la guerra civil, en la que había gastado durante dos años sus grandes facultades, suspiraba por una empresa internacional, que le abriese un campo de gloria, semejante al de Bonaparte en Italia; y la proposición de los Irlandeses-unidos colmaba sus aspiraciones. Devolver á Inglaterra sublevando á los católicos de Irlanda, los males que ella había causado á Francia fomentando y alimentando la rebelión de los vendeanos y de los chuanes, y fundar en Irlanda una república libre, fraternal y justa, como las estaba fundando Bonaparte en Italia, ¿podía darse empresa más grata para un buen patriota y un sincero republicano como era Hoche? De Carnot, no digamos. Desde la campaña del noventa y cinco, la bajada á Inglaterra era su constante pesadilla. En terreno tan bien preparado, los emisarios cumplieron su cometido bien y pronto, conviniendo con el Directorio en que el ejército francés, desde el punto en que pisase la isla, estaría al servicio y sueldo del gobierno revolucionario de Irlanda. A toda prisa, el ministro de Marina, Truguet, se dedicó á reunir en Brest una escuadra y armarla todo lo mejor que permitía el estado de la Hacienda, y Hoche, á organizar con la flor de sus tropas el ejército, en el que confirió mando á Wolf Tone. El almirante Villaret, que se había pasado á la reacción, fué reemplazado por Morard de Galles. Para desorientar á Inglaterra, se pretextó ya una expedición á Santo Domingo, ya un desembarco en Lisboa. Ni de estos convenios, ni de la organización de los Irlandeses-unidos, pudo el gobierno inglés averiguar nada en concreto. El pánico se difundió por toda la isla, agrupándose en torno de las autoridades todos los que seguían fieles á la corona de Inglaterra. Formóse, al lado de las logias de los Orangistas, otra sociedad de ciudadanos leales, labradores y propietarios, que armaron en pocos días treinta y siete mil hombres y los pusieron á disposición del nuevo gobernador, lord Camdem. Toda la población de Irlanda se repartió en dos campos enemigos, dispuestos á batirse y exterminarse por la nación, por el Estado, por la religión y por la propiedad.

Todas estas causas—en Inglaterra, el apuro de la Hacienda y el descontento popular, y en Irlanda, los temores de una próxima guerra civil—hicieron que Pitt se decidiese resueltamente á negociar la paz, precisamente cuando Thugut quería seguir guerreando hasta salir victorioso y poder dictar condiciones. Esta divergencia de intereses y aspiraciones entre los dos aliados se fué agrandando cada vez más. A fines de Julio, cuando los ejércitos republicanos penetraron en Suabia y Franconia, Grenville envió á Berlín al diplomático Hammon, á consultar con Haugwitz acerca de las condiciones para la paz, con el

propósito, según fuese la respuesta, de pedir á Prusia que mediase en su nombre y en el de los aliados. Este paso disgustó profundamente á Thugut. «Apurada su Hacienda, dijo éste, Inglaterra no puede dar dinero, y como Prusia no hace nada por nada, exigirá adquisiciones territoriales por cada uno de los servicios que preste». La embajada de Hammon no dió resultado; pero Thugut no olvidó el agravio. Mayor fué el que le causó la resolución de los ministros ingleses, con motivo de la alianza ofensiva de Francia y España, de retirar la flota de los puertos del Mediterráneo para concentrar todas sus fuerzas en la gran guerra marítima. El día de Septiembre, el Duque de Clarence escribía al comodoro Nelson, que servía en dicha flota á las órdenes de Jervis: «Los intereses de Austria y de Alemania en Italia se han quebrantado mucho. En la actual situación de Italia, después de todas las derrotas de los austriacos, no veo de qué pueda servir nuestra flota en el Mediterráneo. Añádese á esto que la guerra con España parece inevitable; las Indias occidentales requieren grandes fuerzas, y será, en fin, de absoluta necesidad aumentar la escuadra del Canal para la defensa de nuestras propias costas. Por todo ello, de un momento á otro, se transmitirán las órdenes para que parte de esa flota marche á las Indias occidentales y el resto se venga á Inglaterra». En efecto, á los pocos días, la flota inglesa se alejaba de todos los puertos é islas del mar Mediterráneo. Desde este instante, Toscana, Roma y Nápoles quedaban á merced de Francia. Más diligente y avisado que los otros, el rey de Nápoles obtuvo del Directorio, el diez de Octubre, un tratado de paz, mediante la entrega de ocho millones en especie, mantenimiento de la neutralidad, no admitir en sus puertos más de cuatro navíos de guerra pertenecientes á una de las potencias beligerantes y negociar un tratado de comercio. Una tras otra, recibió Thugut la noticia de la retirada de la flota inglesa y la del nombramiento de lord Malmesbury para negociar directamente la paz con Francia. Su furor llegó al colmo. Era á mediados de Septiembre, cuando ya se había dado la batalla de Wurzburg. «Vuestras proposiciones de paz, respondió al embajador inglés Eden, desvirtuarán todo el efecto causado por nuestras victorias en Alemania. Catalina tendrá con ellò un pretexto para no darnos el socorro prometido..... La retirada de la flota es la ruina total de Italia». El veinte de Septiembre, escribió á Cobenzel: «Cuando la suerte de las armas se nos torna favorable y Rusia nos promete numeroso cuerpo de ejército, Inglaterra abre una negociación para la paz, y por miedo á los españoles, pierde la Italia retirando su flota. Eden me asegura que Inglaterra obra así sólo para convencer al Parlamento de su deseo de paz y de la testarudez de Francia; pero Austria sabe bien, por experiencia, cuán poco son de fiar las promesas de Inglaterra». Algún tanto se tranquilizó el ministro austriaco al enterarse de que el gabinete de Londres había acogido favorablemente la petición de Rusia, accediendo á entregar la suma de un millón quinientas mil libras esterlinas para el sostén del cuerpo de ejército ruso, por más que manifestara juntamente que, disponiendo solamente

de millón y medio á favor del Austria, reduciría el anticipo mensual de ciento cincuenta á ciento veinte mil libras.

Mientras de esta suerte se preparaban las fuerzas para el caso de guerra, el diez y seis de Octubre partía Malmesbury para París, al objeto de negociar con el Directorio. Ya vimos en el capítulo anterior (página seiscientos noventa y dos), que estas negociaciones no tuvieron éxito, y debemos añadir ahora que ello fué mayormente por culpa de Thugut, el cual, orgulloso con las victorias del Archiduque y esperando alcanzar en breve otras no menos brillantes con el concurso del ejército ruso, entendía que no era esta ocasión propicia para concluir la paz. El seis de Noviembre, decía á Eden: «Si los franceses consienten en una negociación común, es por pura perfidia, para desavenirnos y detener el curso de nuestras victorias». Más tarde, cuando Grenville le comunicó que si el emperador optaba por Baviera, «Inglaterra insistiría en que Bélgica se adjudicase á una potencia capaz de protegerla eficazmente contra Francia, y ninguna en Europa más indicada para esto que Prusia», Thugut se puso hecho una fiera. Era este el mayor agravio que se le podía inferir. Proponerle hacer de Bélgica una provincia prusiana, á él, para quien Prusia era personificación de la maldad y de la bajeza! Pero Thugut corría en desgracia; no tardó en recibir golpes más duros. A fines de Noviembre le llegó la noticia de que Allwintzy había sido rechazado en Italia por el general Bonaparte, lo que le afectó tanto más cuanto que su triunfo en este campo era la principal base de sus proyectos. En su desventura, volvióse hacia la que miraba como su protectora, la gran soberana del Norte. «El egoísmo de Inglaterra es repugnante, escribía el veinte de Noviembre á Cobenzel; su arbitrario despotismo en las cosas más graves se hace insoportable..... Es preciso que las Cortes imperiales se apresuren á obrar; ha sonado la hora de adoptar resoluciones definitivas; si Rusia cree que puede perseverar en sus vacilaciones, no lo entiende así el Austria..... Baviera sería compensación deficiente por la pérdida de Bélgica; si ésta se adjudica á Prusia, tenemos derecho á una indemnización equivalente, y ¿dónde hallarla sino en Italia? Pero, ante todo, insistid en que el ejército ruso se ponga en marcha inmediatamente». Cobenzel no tuvo necesidad de molestarse. Mucho antes de que este despacho llegase á sus manos, Catalina de Rusia había dejado de existir. Este fué el golpe mortal para la política de Thugut.

A juzgar por las comunicaciones de Cobenzel, parece que, en efecto, la Czarina estaba resuelta á enviar á la coalición un ejército formidable. Sus dos divisiones, cada una de sesenta y cuatro mil hombres, tendrían por jefes á Suworoff la una y la otra á Derfelden. Contaba Catalina á la sazón sesenta y siete años, y, aunque obesa y con las piernas hinchadas, conservaba la viveza de su espíritu y una ambición mayor que nunca. Pidiéndole un día Cobenzel que, por medio de sus embajadores, empujase á los Estados del Imperio alemán á hacer más enérgicamente la guerra, le respondió: «Mucho más podría hacer yo

si quisieseis reconocerme como garante de la Constitución del Imperio.» Aspiraba aquella ambiciosa mujer no sólo á ejercer influjo predominante en Alemania, sino á dominar en el Oriente. Había enviado treinta mil hombres á Persia, al mando de Valeriano Suboff, hermano de su antiguo favorito; esperaba conquistar en dos campañas este reino, hasta el golfo pérsico, atacar luego á Turquía, y al mismo tiempo, apoderarse del comercio de las Indias orientales. En medio de estos colosales proyectos, un disgusto le ocasionó la muerte. Ganosa de recobrar su antiguo ascendiente sobre Suecia, obtuvo del rey Gustavo que la visitase en San Petersburgo, el mes de Agosto del noventa y seis. Con no poca satisfacción vió surgir viva simpatía entre su nieta Alejandra y el rey sueco, y se acordó estrechar y afianzar la unión entre los dos Estados mediante un vínculo de familia. Señalóse para la celebración de los esponsales la noche del veintiuno de Septiembre. Lo más brillante de la sociedad rusa acudió aquella noche á los salones de palacio, y cuando todo estaba dispuesto, el ministro Markoff corrió á casa del rey á que firmase el contrato de matrimonio. Gustavo leyó el escrito, se encontró con la cláusula, que había desechado dos veces, de que Alejandra seguiría siendo católica, é indignado de la superchería, se negó á firmar, á pesar de cuantas observaciones se le hicieron. La novia esperaba ataviada para la ceremonia; el novio no pareció, y la concurrencia se disolvió, después de larga espera, comentando con asombro el suceso. Gustavo regresó á su país; Alejandra cayó gravemente enferma; Catalina sofocada con el trágico é inesperado desenlace, sufrió un síncope. Pero se repuso al momento, y el diez y seis de Noviembre amaneció alegre, se ocupó en el despacho de los asuntos, recibió á varios funcionarios y suplicó al último que esperase su resolución en la antecámara. La resolución tardaba más de lo regular; un camarero entró en el despacho; su soberana se hallaba tendida en el suelo sin conocimiento. Todos los recursos de la medicina fueron inútiles. La noticia se difundió rápidamente por la ciudad; los ministros acudieron presurosos, y se despachó un correo á Pablo, heredero del trono, que llegó por la noche con su esposa. Catalina no recobró la palabra ni el conocimiento, y murió á las diez de la noche del día siguiente, diez y siete de Noviembre, después de penosa agonía.

La política de Pablo iba á ser diametralmente contraria á la de su madre. «Mi madre, dijo, aspiró siempre á las conquistas; yo quiero hacer á mis pueblos felices». El que pudiéramos llamar ministro director, Markoff, el príncipe Suboff y su hermano Valeriano, fueron destituidos, y se envió orden á los generales de división de regresar inmediatamente á la patria, sin necesidad de avisar á sus jefes. Cobenzel preguntó al nuevo ministro, Kurakin, cuándo saldría el ejército de socorro, y Kurakin le contestó que el Czar consideraba el ejército como desorganizado, por el desorden de la administración de su madre, y que, por ahora, no podía ponerse en campaña. Al mismo tiempo, el emperador declaró que no se oponía á que su augusta aliada, el Austria, reconociese la República francesa